

EL AMOR A LA VERDAD EN TOMAS DE AQUINO

Hay en la entraña de la humanidad un amor que expresa por sí solo toda la grandeza de la misma humanidad: es el amor a la verdad.

Este amor es el perfume de cuanto hay de noble en el espíritu, la luz de cuanto hay de bello en sus acciones mejores.

Amar la verdad es, bajo un aspecto, función característica de la naturaleza racional. Amar la verdad es, desde otro punto de vista, el destino del cristiano en el tiempo y en la eternidad.

Amar la verdad, función característica de la naturaleza humana porque ello nos distingue de los seres inferiores y actualiza nuestra congénita soberanía; pues si somos nacidos para el dominio del espíritu, con el amor a la verdad dominamos de hecho y si hemos nacido para redimirnos de la baja atracción de la materia, es también el amor a la verdad el ala potente con que nos cernimos sobre el agua fangosa de este mundo.

Amar la verdad en toda circunstancia de la vida es tomar lo más puro que hay en las cosas, ¿quién se manchó jamás en el mero conocimiento de ellas? No, ningún conocimiento mancha como tal, y hasta de las negruras del pecado puede la razón destilar en su vaso de oro unas gotas de luz... Conocer, dar cabida al universo en el mejor aposento que hay en nuestra substancia; conocer, asimilar las cosas a uno mismo, cautivarlas a todas en las cadenas de la idea, y poder exclamar sin necesidad de mirar hacia fuera como en las riquezas de fortuna; poder exclamar con la sinceridad del que ausculta su interior: "todo es mío". Conocer, hallar compañía

en la soledad del propio espíritu, recibir la herencia con que dota el Cielo a todo hombre que viene a este mundo ¿no es esto muy bello? y ¿qué diréis del hombre que hace de esto la ambición de su vida, que vive del amor a la verdad?

Nadie puede negarme el gran valor del amor a la verdad bajo este punto de vista; pero vale más, mucho más, infinitamente más como destino del cristiano en el tiempo y en la eternidad.

Más íntimamente aun que en la naturaleza de hombre está adentrado en la esencia del cristiano el amor a la verdad.

Es evidente que esta verdad que ama el cristiano en cuanto cristiano ha de ser de un orden superior, de un orden sobrenatural, así como es de un superior el mismo cristiano. Por esto el amor a la verdad en este otro aspecto es infinitamente más noble. ¿Y qué de admirar si, como acabo de decir, en este mismo amor está como la esencia de todo el Cristianismo? Cristo, nuestro maestro, es la verdad eterna, la verdad de Dios, la verdad hecha persona: "Ego sun veritas". ¿Qué podemos ser los cristianos, que amamos a Cristo, sino amantes de la verdad?

¡Amantes de la verdad suprema! De aquí esa afinidad entre el cristiano y toda especie de verdad, aun creada. Cosa por otra parte muy natural; porque ¿no es toda verdad una parcial imitación de la Verdad infinita, sombra real de una faz de la Verdad primera, resonancia infinitamente lejana de una nota de concierto eterno?

Lo cual es necesario recalcar en este siglo en que hay tantos perseguidores del Cristianismo, porque hay tantos ignorantes de su índole y carácter... Hay que decir a los sabios del mundo que toda conquista de la ciencia es un paso al Cristianismo, que todo lo que aumenta el conocimiento de los sabios los acerca a nosotros. ¡Oh! Ellos no saben que persiguen lo mismo que aman, porque si aman de veras la ciencia y la verdad, aman, siquiera de una manera remota, a Cristo, por quien es toda verdad; aman al Cristianismo que es el culto integral a la suprema Verdad. Ellos no saben que, aunque son de diversos órdenes el cristiano y el sabio profano, el cristiano es sin embargo hermano aun de este sabio; porque una

vez que sabiduría es ver la verdad, el destino ultraterreno del cristiano es ser sobrenaturalmente sabio: ver cara a cara la Verdad eterna.

Realmente ignoran nuestros perseguidores que hasta nuestra fe, que ellos detestan, nace de este mismo sobrenatural amor a la verdad, de este mismo hondo espíritu de sabiduría del cristiano. El Cristianismo aspira a que sus hijos comprendan, el día de la gloria, sus misterios; el Cristianismo aspira a la sabiduría que habrá de amanecer tras la noche del tiempo; ¿y no es la fe el primer paso a la sabiduría? Quien se acerca a la ciencia en cualquier orden ha de creer en sus comienzos al maestro. Esto es ineludible. Pues el cristiano cree mientras rasgue la muerte los velos del tiempo, mientras se quiebre definitivamente la atadura del espíritu y el cuerpo, porque no es dable al hombre ver a Dios sin morir.

De esta misma obligación del cristiano de amar a la verdad se origina también su obligación de hacer el bien. ¿Cómo pudiera el cristiano poner todo el anhelo de su existencia en la verdad y estrechar la mentira con los brazos de sus obras?

Además la verdad y el bien son aliados tan estrechos que en la realidad se identifican; aliados tan íntimos que sólo el bien conduce a la verdad y el mal es camino recto al error.

Cada día vemos vergonzosas apostasías y aberraciones, y casi no admira ya oír la consabida frase: "he perdido la fe". Pero el hombre reflexivo piensa espontáneamente ante tales confesiones: "Antes debió haber perdido las buenas costumbres". ¡Ah! La Historia está llena de tales hechos que no es posible, en circunstancias de esta laya, dejar de exclamar: antes se es malvado que infiel. Luego no puede el cristiano, que vive para la Verdad eterna, si obra como cristiano, no hacer el bien.

¿Que existen sabios mundanos, perfectamente sabios e incontestablemente malos, injustos? Ciertó; pero la razón es sencilla: hay infinitas verdades creadas que no guardan ninguna relación inmediata con las costumbres de quienes saben tales verdades. No interesa nada a la vida moral de un hombre que sea o no verdadera la teoría de las secciones cónicas. Cosa bien diversa sucede respecto de la conducta hu-

mana y la verdad eterna; porque la verdad eterna es también ley, ley eterna, norma suprema de todos los actos y movimientos del universo, es amenaza y promesa, castigo y premio sempiternos.

Pues este amor a la verdad que en su aspecto natural es timbre de gloria de la naturaleza humana, y presea del Cristianismo en su aspecto superior, es de un modo especial para Santo Tomás robusta y encumbrada columna que sustenta, para memoria de los siglos, toda la grandiosidad de su persona.

¡Cómo amó la verdad!

El amor ardiente por una cosa hace buscarla afanosamente e interrogar en todas partes por ella. Tomás de Aquino preguntó por la Verdad suprema, que es el mismo Dios, desde los albores de su vida. ¿Recordáis su pregunta famosa a sus maestros de Monte Casino: "¿Quién es Dios?". Esta pregunta no había de separarse de sus labios hasta que encontró al amor de sus amores en el resplandor de la gloria.

¡Qué es la verdad, quién es la Verdad Suprema!

¡Obsesión la de su vida! Si de niño acosaba con este interrogante a los monjes sus maestros, joven y adulto había de apurar con la misma interrogación a todo el universo: *utrum utrum*, si acaso esto, si acaso no lo es. Y esta palabra se viste de mil formas y toma mil modos; pero se adivina la intención teológica en todas sus palabras. ¿Quién es Dios, quién la Verdad?

Lo que se ama de veras se lo ama en todas sus partes. Cuando se ama plenamente, todo lo que pertenece al amado es amable: sus reliquias son venerables; muy querida su imagen; se mira con fruición lo que tocó su mano; se guarda con solicitud lo proferido por sus labios y se besa con respeto las huellas de sus pies.

¿Una prueba de lo que digo? Tomás de Aquino. ¡Cómo venera él la palabra de la Verdad eterna! Siente tal veneración por ella que hasta su última resonancia en el Santo Padre de menos autoridad le es sagrada; y luego ¡qué ternura y afecto por esas imágenes y huellas de la sabiduría infinita, que son las verdades creadas!

Pueden muchos admirarse que Santo Tomás, en sus obras monumentales, toque, alguna rarísima ocasión, asuntos de poca importancia. Para mí tiene esto una explicación bien sencilla: ama él tanto la verdad, ese pan del Cielo, que a veces no puede resignarse a dejar caída una migajita a los pies de los hombres.

La preferencia es argumento de amor, y el preferir una cosa a otras de mucha estima es signo de gran amor. Pues ¿qué diréis de este santo que prefirió la humilde actitud de fraile sabio a todo el esplendor que le ofrecía su nacimiento y condición? Gloria deseada como la que más, fué en la Edad Media campear en el mundo a fuer de caballero de nobilísima alcurnia, refinada cortesía, rica hacienda y apostura de talle. Nada de esto podía faltar a Tomás de Aquino; pero su inmenso amor a la verdad le hizo preferir a este brillo deslumbrante el sayal rasgado por sus hermanos en la torre de Rocaseca, la insignia de la Orden de la Verdad.

Amor el suyo a la verdad que no sufre se cambie por nada de este mundo. Recordais de seguro su respuesta a la encuesta promovida por sus discípulos: "preferiría las homilias de San Ambrosio al dominio en la ciudad de París"; pero ¿qué es esto en comparación con la respuesta dada a Cristo? Ofrécele Nuestro Señor cuanto quiera como recompensa de sus trabajos, y exclama Santo Tomás: "nada, Señor, sino a Ti mismo Verdad eterna".

El amor de buena ley, el amor noble es indispensable en el arte. Se puede con una clara inteligencia y una suficiente cultura literaria, hablar y escribir correctamente y aun estampar ideas de interés: mas no es posible esculpir ideas bellas, sentimientos sublimemente conmovedores, sin una dosis enorme de amor al objeto de que se habla.

Pues, si Tomás de Aquino fué un artista acabado, artista de la verdad suprema, es necesario concluir que la amó con toda su alma.

Pensais vosotros que me refiero a sus preciosas poesías, a esas joyas literarias que Urbano VIII decía ser casi divinas, cierto; pero, a más de esto, me refiero también a la grandiosa poesía intelectual de sus obras.

Es ordinario oír hablar del Angélico como de un pensador árido y prosaico; pero hay que convenir que quien tal opina o no leyó sus obras o es en él muy escaso el sentido de lo bello.

Es claro que no hemos de buscar en sus obras científicas la poesía verbal ni tampoco los arpegios sentimentales que, partiendo del corazón, se enderezan al espíritu; buscad en ellas y hallareis la fuerte poesía de la belleza que irrumpe de la idea y se lanza al corazón.

Nunca olvidaré ciertas escenas de nuestra vida estudiantil, y pienso, cada vez que las recuerdo, que realmente hubiera sido interesante para un observador, tener a su vista un aula henchida de estudiantes que escuchan una explicación de Teología. En medio del espacioso aposento, sentado en un gran sillón explica el profesor la lección del día. Aduce razones y más razones. Finalmente, para comprobar lo dicho lee un pasaje de la misma *Summa*. Pero, he aquí que de repente, todos simultáneamente, como movidos por un solo resorte, exclaman: Padre ¡qué bello, qué bello es esto!

Oíd ahora mismo dos citas, tomadas casi al acaso de la *Suma Teológica*: "el hombre es una nave confiada al gobernalte de su arbitrio", y esta otra: "La naturaleza conoce a Dios, cual se conoce al que viene sin saber quien sea él".

Y luego a cada paso bellezas como estas: "lo creado está cerca de la nada; lo mudable nada tiene propio; lo compuesto tiende a la muerte y lo simple a la vida; sólo la plenitud del ser es tranquila; lo limitado es inquieto; el bien, imán de lo existente. Pues pienso, soy espiritual, libre, inmortal; estoy a la manera en todas partes, porque amo y está todo en mí, porque conozco. Estoy como realidad en manos de mi Dios. Estoy en su mente como idea y como bien en su amor; como cuerpo estoy en la tierra; como espíritu en lo que aguardo; como persona, en mí mismo. Es bueno todo lo que existe: verdadero, lo que está; grande, lo que piensa; pequeño, lo inerte; pobre, lo creado; rico, sólo Dios. Salí de la nada por un acto de la Divinidad y he de volver a él, mediante él mismo, por la visión de mi espíritu. ¿Entre tanto? Entre tanto soy peregrino

que aprendo, en las jornadas del dolor y la virtud, a ser en la hora última feliz...".

El carácter finalmente de su santidad prueba también el gran amor de Tomás a la verdad; porque ¿cuál es la característica de la santidad del Angélico sino la del silencio, de la inmutabilidad, de la impersonalidad heroica? Y ¿qué arguye esta característica de su santidad sino un amor inmenso a la verdad?

Callar, recogerse al encierro del silencio, hasta el grado de hacerse proverbial su mutismo, siendo como era su alma tan desbordantemente rica, es cosa que causa maravilla. Que sea taciturno el apático, enfermizo o menguado es bien explicable; pero ¡una naturaleza, como la de Santo Tomás, maravillosamente concertada y fecunda en extremo!

¡Oh! Esto parece un mentís a la ley de que lo perfecto tiende a comunicarse. Sin embargo su mutismo es la mejor prueba de esta misma ley; porque cuanto más perfecta es una cosa, más íntimamente se comunica y era tan inmensa la vida interior de Tomás, que no podía menos de tender continuamente a la comunicación más íntima posible aquí abajo, cual es la comunicación del pensamiento.

Tomás se comunicaba continuamente con todo el universo, en la reversibilidad de la idea y el amor a la verdad, ¿para qué hablará entonces a los hombres; para qué la palabra exterior, si en el santuario de su espíritu resonaba continuamente la palabra intelectual de todo el universo?

Luego, su inmutabilidad, su eterna inmutabilidad de que nos hablan sus biógrafos!! Hay que decir que la verdad, de que hizo el sueño de su vida, comunícale sus propias dotes: su uniformidad en medio de los vaivenes de los hombres, su eternidad en medio de la fragilidad del tiempo, su serenidad en medio de las tempestades del mundo.

Cada uno se convierte en lo que ama. Amó tanto el Angélico la verdad que él mismo pasó por la vida como un gran símbolo de la verdad.

Por último, su heroica personalidad. Esto sí que es buscar la verdad sin más aspiración que la misma verdad.

No conozco abnegación más ascendrada en pro de un ideal. Que en la limosna de bienes de fortuna se esconda la mano a aquel a quien es hecha, es muy meritorio porque es obrar el bien puestos los ojos en Dios, supremo Bien. Pero aun es mayor obra esconder la mano, generosa en la dádiva del pensamiento original; porque es como borrar el propio nombre de la faz de la tierra, poner un seudónimo indescifrabable a toda una vida, perder a la manera la propia personalidad, sumergiéndola, por medio de la humildad, en los senos de Dios.

Esto hace Tomás. Nada de lirismo en él. No hay en su ciencia egolatría artística, sino verdad, pura verdad.

Por esto, si cada hombre es como un vidrio de color que no deja atravesar todos los rayos del foco de la realidad, el Angélico, bien al contrario, es un cristal incoloro, perfectamente transparente y lúcido, por quien atraviesa la verdad de las cosas sin llevar consigo ninguna tonalidad de hombre.

Esto es más admirable, porque en el natural bien concertado y armónico cada idea excita una imagen y sentimiento a ella proporcionados. Pero Santo Tomás en sus obras científicas ha sacrificado el corazón en aras del amor a la verdad.

Esto me hace pensar en la infinita abnegación de Cristo. El alma santísima de Cristo fué bienaventurada desde el primer instante de su existencia; pero por su infinito amor a la humanidad, por nuestra redención, y para que le fuese posible llevar con nosotros y por nosotros el triste camino del dolor, impidió, durante su existencia mortal, que la gloria del alma redundase a su cuerpo.

Hallo una bella semejanza de esta infinita abnegación en la abnegación del de Aquino. Tomás de Aquino, a imitación de Cristo su maestro, prohibió que la gloria impersonal de sus ideas se tradujese en los sentimientos que son necesariamente particulares, individuales, personales. Tomás buscó el espíritu de la verdad pura, sin redundancia al cuerpo de los sentimientos, para que su ciencia acompañara eternamente a la humanidad en el dolor de su camino, para que realizara, sin obstáculos, la obra redentora a través de los tiempos. El sabía que las características personales, entre las cuales se cuentan los propios sentimientos, impiden acercarnos a todos

los hombres, pues no a todos agradan los mismos sentimientos; que a unos agradan estos, a otros, aquellos, y los que a unos agradan a otros dan en rostro. Pues por eso, para poder realizar su sagrada misión, la misión del que ama ardientemente la verdad, renunció en aras de este mismo amor, al placer de expresar su propio sentimiento.

Así se comprende su honroso dictado de Doctor universal.

Y ¡qué gran premio le ha concedido Dios aun en la tierra por esta abnegación!

Tomás de Aquino preside el pensamiento cristiano en todo el universo; su palabra hace ya una opinión segura; y el seguir sus principios es garantía, según los Pontífices, de acierto.

¡Gloria la del Angélico! La doctrina de él ha hecho suya la Iglesia, y la recomienda como la de ningún hombre en el Código de sus leyes. Un día dijo Cristo a una mujer que lo amó sobremanera: a donde llegare mi Evangelio llegará también tu nombre. Era ese el premio del amor, premio del gran amor de María Magdalena.

Pues este mismo premio se ha concedido al amor inmenso del Angélico. Donde llega Cristo, donde llega la Iglesia, llega el Código de sus leyes y con él, la doctrina de Tomás.

Maestro y discípulo han llegado a ser inseparables; él arroja la semilla en el surco de las almas y éste impide que la arrebaten o malogren las aves del cielo.

Patrón de toda escuela cristiana, todo el que aprende a Cristo está puesto a su cuidado.

Por esto, Tomás de Aquino es un hombre universal, doctor universal, como le llaman los Papas.

Para él, como para Jesucristo su maestro, no hay judíos, griegos ni latinos: el cristiano es en espíritu tomista.

Maestro y discípulo serán para siempre inseparables. Cristo es el camino; pero Tomás es el bordón del que camina en Cristo; Cristo es la vida, pero Tomás es quien nos pone en los labios el manjar desmenuzado de la vida; Cristo es la verdad, pero Tomás es la insignia eterna del que ama la Verdad.

Fr. IGNACIO M. URQUIZO, O. P.